

Un déficit de humanidad

«Todo se origina cuando se empiezan a descuidar las buenas maneras. En cuanto dejas de oír *Gracias y Por favor*, el fin está a la vuelta de la esquina. Le dije: es algo que ocurre en todos los estratos sociales. ¿Habrá oído esta expresión, no? En todos los estratos sociales. Al final se llega a aquella suerte de colapso de la ética mercantil que deja a la gente asesinada en medio del desierto, dentro de un coche, y entonces es demasiado tarde» (Cormac McCarthy).

Desde luego, el escenario descrito por el protagonista de *No es país para viejos* es extremo, y a muchos tal vez le parezca una exageración que tiene poco que ver con nuestra realidad. Sin embargo, está muy difundida la sensación de que existe un problema de *déficit de humanidad* en la vida social, en los encuentros cotidianos, en el trabajo, en las relaciones familiares y de amistad. Es como si faltara algo. «Basta de hechos, queremos palabras», rezaba una pintada en un muro de Roma en los años de protesta estudiantil. Hay demasiada prisa, que muchas ve-

ces genera falta de modales y cierta despersonalización de las relaciones. Ya no tenemos tiempo para hablar. Es como si la amabilidad, las buenas maneras o la cortesía se hubieran convertido en algo *opcional* que en tiempos de crisis no nos podemos permitir... La prisa es la primera justificación que encontramos, pero ninguno de nosotros se queda verdaderamente tranquilo: nos parece una excusa. En el fondo, casi todos sentimos que falta algo. Más en concreto, que *debemos* hacer algo.

Tal vez también por esto se multiplican las listas de sugerencias, que a veces se convierten en manuales y códigos de los comportamientos que conviene tener en cuenta según la situación en la que una persona se encuentra o de las personas con las que se colabora. Las buenas maneras *son importantes*, afirma la escritora australiana Lucinda Holdforth en un ensayo de 2007, y propone un simpático código que todos deberían respetar:

1. Mantener la izquierda (o la derecha, según las reglas).
2. Ser fiel a la palabra dada, sobre todo en cuanto al horario.
3. Esperar el propio turno.
4. Tener en cuenta a los más débiles.
5. Respetar leyes y reglas, a menos que se esté organizando una campaña de desobediencia civil.
6. Prestar atención a lo que se está haciendo: el *multitasking* (la multitarea) es el enemigo de las buenas maneras.

7. Manifestar que se aprecian los gestos amables de los demás.
8. Callar, la mayor parte del tiempo.

Se trata solo de algunos ejemplos entre muchos, y –como ocurre siempre en este tipo de listas– las reglas son heterogéneas y el orden de prioridad es muy opinable. El hecho es que no basta con una lista, ni con un código. Hace falta un espíritu, algo más sustancial. Por otro lado, estas listas también confirman la existencia de una especie de emergencia social: nadie enseña las «buenas maneras» y quien las quiere aprender no sabe a quién dirigirse. El que quisiera aprender cómo mejorar en la actitud de fondo de apertura hacia los demás se encontraría en una dificultad aún mayor.

Con frecuencia, los adolescentes viven esta situación con un sufrimiento particularmente agudo. Así lo expresa la coprotagonista de dieciséis años de la apasionada historia contada en *Alguien con quien correr*: «Soy así. No consigo acercarme realmente a nadie. Es un hecho. Es como si me faltara esa parte del alma que se encaja en los demás, como en los Lego. Que une verdaderamente con otra persona. Al final todo cae a pedacitos. Familia, amigos. Ya no queda nada» (David Grossman).

A partir de estas observaciones comienza nuestra reflexión sobre el papel de la afabilidad, del buen humor, de la cortesía y de la sonrisa en las relaciones humanas. Una reflexión que no se dirige solo a especialistas en el estudio

del comportamiento y de la ética, sino que busca responder a preguntas y exigencias comunes a muchas personas (¿a todas?). Tal vez también por esto, muchas ideas se han tomado de la literatura, que con frecuencia consigue *hacer ver* la realidad de un modo muy convincente, a través de personajes e historias que hablan por sí mismos.

El lector notará también la frecuente referencia a autores cristianos, antiguos y recientes. Una de las conclusiones a las cuales se llega reflexionando acerca de la sonrisa, la delicadeza y la afabilidad es que deben ser características esenciales de un cristiano. De hecho, existe un amplio patrimonio de reflexiones y profundizaciones sobre estos temas que pertenece a numerosos autores cristianos, en particular católicos, de todos los tiempos. Si bien estas reflexiones no se dirigen solo a personas creyentes, una de las ideas que las anima es justamente la necesidad de un nuevo humanismo en nuestra sociedad que encuentre en Jesucristo su modelo cumplido. Entre los autores que serán citados en estas páginas resaltan algunos que consiguen presentar el nuevo humanismo cristiano de una manera muy adecuada a nuestros tiempos: Gilbert Keith Chesterton, Romano Guardini y san Josemaría Escrivá (además de los últimos dos papas).

Un filósofo del siglo xx, volviendo a la línea del pensamiento clásico, expresa estas mismas ideas en los siguientes términos:

«También es indispensable hacer uso de la “*affabilitas*”, de la “afabilidad”, si se quiere librar a la convivencia

entre los hombres del riesgo de hacerse inhumana. Por *afabilitas* no se entiende ni más ni menos que la amabilidad en el trato cotidiano. (...) Cuando ella falta, no puede convivir los hombres “con alegría”»¹.

En el fondo todos necesitamos precisamente esto: vivir con alegría con las personas que nos rodean. Si la afabilidad es conveniente (o mejor, *necesaria*) para alcanzar este fin, entonces quiere decir que se trata de un aspecto que merece ser profundizado con atención.

1. ¿QUÉ ES LA AFABILIDAD?

«La caridad inagotable de este hombre, no menos que en el dar, se ponía de manifiesto en todo su comportamiento. Afable con todos, creía deber, especialmente a aquellos que se llaman de baja condición, un rostro jovial, una cortesía afectuosa; tanto más, cuanto menos los encuentran en el mundo» (Alessandro Manzoni). Con estas palabras se describe en *Los novios* la actitud habitual del cardenal Federico Borromeo, y su comportamiento sencillo, que no tiene en cuenta la importancia de su propia persona. Aunque volveremos más adelante sobre este aspecto, es interesante señalar que el cardenal considerase esta actitud como algo *debido*. En otras palabras, los demás *tienen derecho* a encontrar en mí un rostro jovial.

1. Josef PIEPER, *Las virtudes fundamentales*, p. 170.

Anticipamos aquí algunos de los temas de fondo que serán presentados en las siguientes páginas. Pero antes de seguir, tenemos que aclarar un posible malentendido que depende del lenguaje.

1.1. *¿Ser afables es algo bueno?*

¿Qué se entiende por afabilidad y cómo la vamos a definir en estas páginas? La explicación vale también para otros términos que se utilizan como sinónimos, que indican cualidades sociales como la amabilidad, la cortesía, la cordialidad, la gentileza, la delicadeza...

A menudo la idea de afabilidad nos hace pensar en la afectación, en una especie de ficción benévola y superficial, motivada no pocas veces por el deseo de alcanzar un objetivo pragmático. Todos recordamos con horror al pelota de la clase (en cada lugar se le llama con un nombre despectivo diferente), que adulaba al profesor para conquistarlo. Simulaba interés por un tema específico solo para obtener su estima, y tenía otros mil comportamientos falsos y utilitaristas.

«No hagas cumplidos», dice una madre cuando invita a comer a un amigo de su hijo. Porque existen unos «cumplidos» que son inútiles en un contexto de hospitalidad familiar. Serían otra especie de afectación, de ficción.

La cualidad de la que queremos hablar no tiene nada que ver con este tipo de actitudes falsas, que son, por